

DIEGO FISCHER
**CHINA
ZORRILLA**
LA BIOGRAFÍA

 Planeta

DIEGO FISCHER

CHINA ZORRILLA

LA BIOGRAFÍA

“¿Hice mal?”

China se hizo la señal de la cruz y mirando al cielo dijo casi en un murmullo: “Avito Juan, no me dejes sola”.

La puerta se abrió, la asistente de la cátedra se asomó y dijo: “Es su turno, señorita. Pase, por favor.

China dio temblando los cinco pasos que la separaban del salón. Pero al traspasar el umbral de la puerta se transformó en una mujer segura y decidida cuya estilizada figura parecía haber crecido por arte de magia. Vestida con un *tailleur* gris cuya pollera le tapaba las rodillas y una blusa blanca, llenó el amplio espacio. Saludó con un sonriente *buenos días* y su voz reverberó en el gran salón de extraordinaria acústica. Frente a ella, tres caballeros sentados respondieron con amabilidad el saludo.

Giró sobre sí misma y por unos segundos dio la espalda a los docentes. Cuando los enfrentó nuevamente era Agnès, la protagonista de *La escuela de mujeres* de Molière, una comedia en verso que denuncia la hipocresía de la sociedad francesa del siglo XVII y que muestra cómo las mujeres carecían de derechos por ser consideradas seres inferiores. En un perfecto francés comenzó su parlamento.

[...] Historia sorprendente y difícil de creer. Estaba yo en el balcón, trabajando al fresco, cuando vi pasar bajo los árboles a un joven muy apuesto que, al verme, me saludó enseguida con reverencia humilde. Yo, para

no ser descortés, le hice otra reverencia por mi parte. De pronto insistió con una nueva, y yo, sin pensarlo demasiado, se la devolví. El caballero insistió con una tercera, a la que contesté en el mismo instante. Así una y otra vez hasta que entró la noche y ya casi no nos veíamos uno al otro y por tanto tampoco podíamos hacer saludo alguno [...].

La soltura, la expresividad del rostro de aquella joven eran sorprendentes. Movía las manos como solo lo logran los actores con larga experiencia y remataba algunas frases con un comentario de su propia cosecha. Dos de los catedráticos que entendían y hablaban muy bien francés no pudieron contener la risa. El tercero, aunque no comprendía el idioma, también largó la carcajada.

[...] A la mañana siguiente, estando yo en la puerta, una vieja me abordó, hablándome de esta manera:

—Hija mía, Dios no os ha creado tan bella para que hagáis mal uso de las cosas que os ha concedido, y debéis saber que habéis herido un corazón terriblemente.

—¿Que yo he herido a alguien? —exclamé sorprendida.

—Sí —dijo ella—, herido de verdad al joven a quien visteis ayer desde el balcón. El pobre languidece bajo el efecto de vuestros ojos y solo desea la dicha de veros y hablaros. Únicamente vuestros ojos pueden impedir su ruina y reparar el daño que le han causado.

Así, me visitó y pudo curarse [...].

En el último tramo de su monólogo, China redobló la apuesta e hizo gala de todo su histrionismo, sin caer en la sobreactuación.

[...] ¿Podría yo acaso, después de todo, cometer la osadía de dejarlo morir sin asistencia? ¡Yo, que tanto compadezco a las personas y que no puedo ver morir a un pollo sin llorar!

Y apostó todas sus fichas a la última frase del texto. Hizo una brevísima pausa y con la mejor cara de picardía que jamás había puesto hasta ese momento, miró a sus tres espectadores y dijo:

¿Hice mal?

Con un aplauso de los miembros del tribunal, Concepción Zorrilla de San Martín, familiarmente conocida como *China*, era admitida en el nivel superior de la Real Academia de Arte Dramático de Londres (RADA) para el año lectivo de 1946.

Había llegado hasta allí becada por el British Council, con el objetivo de estudiar teatro. Su mayor ambición era ingresar a la RADA, una de las academias más prestigiosas de Europa, de la que habían egresado, entre muchos actores, John Gielgud y Vivian Leigh, y de la que habían sido docentes George Bernard Shaw y Harold Pinter. La flor y nata del teatro y del cine mundial había pasado y seguiría pasando por los salones de aquel edificio.

—¿Cómo hará usted con el idioma? —le preguntó el mayor de los integrantes del tribunal.

—Le prometo que en dos meses lo aprenderé.

—Le va a ser imprescindible —comentó el otro miembro del jurado—. ¿Dónde aprendió a hablar tan bien el francés?

—Los cuatro primeros años de mi vida transcurrieron en París. Allí fui al jardín de infantes. Luego cursé

todos mis estudios en un colegio de monjas francesas en Montevideo.

—Allí también estudió teatro...

—No, nunca lo hice. Pero actué en varias obras en las fiestas de fin de curso.

Los tres caballeros ingleses se miraron sorprendidos.

—¿Y no hizo más teatro luego? —preguntó el mayor del grupo.

—Sí, estrené *La anunciación a María* de Paul Claudel en un teatro importante de Montevideo, pero fue una única función.

—Haga el esfuerzo de aprender inglés rápidamente, porque usted tiene condiciones y sería una lástima que perdiera clases por no entender o no hablar inglés.

—Lo haré, sin duda que lo haré.

Cuando China pisó por primera vez Londres, muchos sentimientos encontrados se apoderaron de ella. Tenía 24 años y comenzaba a concretar el sueño que había soñado desde niña: ser actriz. No imaginaba entonces hasta dónde la llevarían su talento y el amor por una vocación que descubrió apenas tuvo uso de razón.

Sin embargo, la vigilia de ese sueño no era una comedia sino un drama que tenía como escenario a una ciudad devastada, en la que muchos aún dormían inquietos o despertaban sobresaltados por pesadillas en medio de la noche. La segunda guerra mundial había terminado un año y cuatro meses antes, pero el ulular de las sirenas que alertaban a los habitantes de la metrópolis para que abandonaran sus casas y buscaran protección en las

estaciones del metro y sus enormes túneles era un eco siniestro que había quedado grabado en la memoria de los londinenses. El ulular de las sirenas y sus posteriores consecuencias... Todos sabían que minutos después los aviones de la Luftwaffe —la aviación nazi— convertirían a Londres en un infierno.

Noche tras noche, sin un respiro, entre setiembre de 1940 y mayo de 1941, miles de bombas destrozaron gran parte de la majestuosa ciudad y causaron más de 40 mil muertos. Y si bien habían transcurrido algunos años desde aquellos hechos, muy pocos habían podido olvidar las tormentas de fuego que borrarón durante tanto tiempo las estrellas del cielo de Londres.

La mañana siguiente a su llegada, China salió a caminar y comprobó que la ciudad y sus habitantes mostraban las heridas abiertas de esa guerra ganada, como lo había prometido en 1940 el entonces el primer ministro británico, Winston Churchill, ante la Cámara de los Comunes: con sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor. Heridas que estaban a la vista y todavía dolían mucho, pero que sus víctimas llevaban con dignidad y hasta orgullo. Edificios vacíos cuyas paredes agrietadas por el impacto de las bombas anunciaban su derrumbe o necesaria demolición, manzanas enteras que habían desaparecido, construcciones que se mantenían en pie mostrando impudicamente lo que otrora había sido un dormitorio o la sala de un hogar, barrios de casas con cimientos de madera que habían sido consumidos por los incendios que las incursiones aéreas nazis producían, todo formaba parte de la postal que contemplaron sus ojos cargados de lágrimas contenidas.

Más de una vez en aquella primera recorrida China agradeció a Dios el haber nacido en Uruguay, donde la guerra se había seguido con mucha atención a través de las crónicas de los diarios o los reportes de las radios, pero cuya máxima expresión en la vida cotidiana había sido la escasez de combustible o la falta de productos suntuarios. Es más, la economía uruguaya se había beneficiado mucho de la situación gracias a la exportación de carne, lana, cuero y el famoso *corned beef* para los ejércitos de los países aliados.

En su larga caminata, que la llevó desde Kensington Park hasta Picadilly Circus, se cruzó con hombres con muletas, mutilados, sobrevivientes de las batallas libradas en el continente europeo. Y muchísima gente delgada que caminaba por las calles con abrigos remendados y zapatos gastados por el uso. No se trataba de mendigos; eran ciudadanos comunes, hombres y mujeres que iban o venían de sus trabajos, llevaban a sus hijos a la escuela o de vuelta a casa. Aquella sociedad se esforzaba por volver a la normalidad en medio de mil privaciones. Con una entereza y decoro sorprendentes, se empeñaba en reconstruir un país que durante siglos había sido el más poderoso imperio de la tierra.

China sintió vergüenza por vestir un flamante tapado azul oscuro muy abrigado que Bimba, su madre, le había hecho con una tela de muy buena calidad comprada en la última liquidación de temporada de la Tienda Inglesa de la Ciudad Vieja. A decir verdad, con su reconocida habilidad para la costura Bimba le había confeccionado un ajuar casi tan completo como el de una novia, que además había doblado y guardado ella misma en las dos valijas

que llevaría su hija. Sintió culpa por tener ese abrigo, botines de cuero nuevos y abrigados, más una decena de prendas sin estrenar en sus maletas. Sin embargo, nadie reparó en la vestimenta de esa joven rubia que protegía su cabeza del frío con un bombín de fieltro y que bien podría haber pasado por una ciudadana británica más, si no fuera porque apenas hablaba inglés. O por una modelo parisina de alta costura, por su perfecto francés y su elegancia. Sin embargo, en Regent Street más de un caballero quedó deslumbrado a su paso.

Las pocas frases que China sabía de inglés las había aprendido en el largo viaje de casi 50 días que hizo en uno de los dos camarotes individuales del barco de carga que la trasladó de Montevideo a Liverpool, en el cual, además de ella, viajaban solo hombres. Para aquella joven no había obstáculos insalvables a la hora de cumplir sus sueños, y a falta de dinero para comprar un boleto en un trasatlántico de línea, decidió embarcarse en el primer buque que se dirigía a Inglaterra.

A los dos días de haber llegado le entregaron una libreta de racionamiento para comprar los alimentos del mes. Vio que, como cualquier habitante de Gran Bretaña, ella tenía derecho a comer un trozo de carne por semana, un puñado de lentejas, dos panes, una pequeña presa de pollo y cuatro cuadraditos de chocolate. No había prerrogativas ni excepciones, por más que fuera una extranjera becada por el British Council.

Ese invierno de 1947 fue uno de los más fríos que se recuerdan en Londres. Al clima polar que cubrió la ciudad y casi toda Inglaterra ni bien se anunció el otoño, en setiembre, se sumaron las durísimas condiciones de

vida que toda Europa padecía. Sin calefacción, soportando temperaturas de hasta 14 grados bajo cero, transcurrían los días. De noche China combatía el frío poniéndose de pijama un traje para esquiar que sus amigas en Montevideo le habían regalado por si iba a los Alpes suizos. Pasó frío y hambre, pero nunca había sido tan feliz. Durante los dos años que vivió en Londres, Concepción Matilde Zorrilla de San Martín Muñoz recibió lecciones de vida. Enseñanzas que la marcaron para siempre, moldearon su carácter y personalidad y cambiaron su forma de ver y entender al mundo.